

A la letra se cumplió lo que Montcalm había previsto tan melancólicamente; pues que los ingleses efectuaron su desembarco en la orilla izquierda del río, que fué lo que decidió la jornada, mas abajo de la ciudad; porque donde se hallaba el campamento de Montcalm no era posible el desembarco, conforme había demostrado la tentativa del 31 de julio. Unicamente podía existir un punto favorable mas arriba del campamento á unos tres cuartos de hora de distancia de la ciudad, y efectivamente allí descubrió la vista de águila de Wolfe una abra que lleva ahora su nombre (*Wolfe's cove*) y que forma por una inflexion de la sierra abrupta que sigue la orilla del río, una cala con una playa muy estrecha. Allí descubrió Wolfe un sendero angosto y muy pendiente que conducía á la cresta, donde había algunas tiendas de campaña que según cálculo de Wolfe podían servir á un destacamento de un centenar de hombres. En esta abra resolvió desembarcar durante la noche, mientras engañaba al enemigo con maniobras ejecutadas mas arriba de aquel punto y otras en frente de Beauport.

El día 12 de setiembre y parte de la noche del mismo día transcurrieron en preparativos; y á la luz de las estrellas, la una de la madrugada del día 13 salieron las lanchas con las tropas deslizándose á favor de la marea baja por la corriente del río hasta la abra designada en la orilla izquierda. Los que se hallaron en la lancha del general jamás olvidaron que este recitó durante la travesía los bellísimos versos de la «Elegía en un cementerio de aldea» de Gray: «Los blasones soberbios, la pompa del poder y todo cuanto resplandece lleno de hermosura y riqueza están condenados inexorablemente á tener su hora postrera. En la tumba encuentra también su término el sendero de la gloria.» Pasada una mitad de la tropa sin percance á la otra orilla, llegaron los buques para proteger su desembarco. Wolfe saltó con su gente en tierra y subieron el sendero escabroso, mientras la infantería ligera á la cual la corriente había llevado mas abajo, tuvo que subir trepando con muchísima fatiga. Llegaron por fin á la cima, y algunos tiros bastaron para arrojar de allí á la avanzada canadiense. Entre tanto hicieron las lanchas otro viaje y al romper el día ocupaba Wolfe con todo su ejército las Alturas de Abraham, destinadas á ser teatro de la lucha que debía decidir de la suerte del Canadá. Cuando supo Montcalm lo sucedido, exclamó: «Ya han encontrado el punto vulnerable de esa pobre guarnición; ahora es preciso librar una batalla y vencerlos antes de medio día.» A las 10 de la mañana estuvieron formados los dos ejércitos en batalla uno en frente de otro, contando cada uno unos 5,000 hombres; de suerte que numéricamente eran iguales, pero en calidad no podían ser mas desiguales. El ejército inglés se componía enteramente de soldados veteranos, que tenían el sentimiento de su superioridad y la confianza que dan la buena dirección, la disciplina y el buen armamento; los franceses tenían algunas débiles compañías de tropa de línea mezcladas con canadienses allegadizos que se veían por primera vez en el caso de sostener una batalla en regla en campo abierto. El éxito no podía ser dudoso. Despues de haber hecho fuego los franceses durante una hora con sus únicos tres cañones, contestándoles los ingleses con uno ó dos que mas no tenían, los franceses emprendieron el ataque á paso de carga y haciendo un fuego terrible. La línea inglesa aguantó sin contestar el fuego graneado, llenándose instantáneamente los claros que las balas abrieron en sus filas; y dejando acercarse al enemigo hasta 40 pasos, le disparó en toda su extensión una única pero mortífera descarga. Apenas se hubo disipado el humo de la pólvora, se adelantó Wolfe con dos heridas en el cuerpo, y ordenó á sus granaderos el ataque á la bayoneta. En aquel momento recibió un tercer balazo en el pecho y tuvo que ser

retirado del campo de batalla; pero sus granaderos cumplieron la orden; el enemigo, ya desconcertado, no resistió la embestida, desbandándose despues de una corta lucha y dejando en el campo 1,500 muertos, heridos y prisioneros.

Mientras sucedió todo esto, espiraba detrás de la línea de batalla el vencedor general Wolfe. «Huyen, huyen, dijo el oficial que sostenía en sus brazos al general moribundo.—¿Quién huye? preguntó Wolfe.—Los franceses; en todas partes ceden, fué la contestación.—¿Cómo! ¿ya huyen? Que vaya corriendo uno al general Burton á decirle que mande á todo correr el regimiento de Webb al río de San Carlos para cortar la retirada á los fugitivos. Alabado sea Dios.» Estas fueron sus últimas palabras.

No menos heroicamente que el vencedor murió el vencido. También Montcalm había permanecido durante la acción en medio de la lluvia de balas donde mas espesa era, y herido ya, había conducido otra vez á los canadienses, que ya huían, contra los granaderos ingleses y había recibido en este ataque el balazo mortal. Llevado á la ciudad, preguntó al médico cuánto tiempo le quedaba de vida. «Diez ó doce horas, quizás menos,» le contestó el médico; á lo cual respondió el moribundo: «Tanto mejor, así no veré la rendición de Quebec.» A la mañana siguiente había fallecido y el día 17 capituló la ciudad.

La América inglesa no cupo en sí de alegría; en todas las ciudades hubo iluminaciones; en todas las alturas se encendieron hogueras; en todas las asambleas, en los pulpitos y en la prensa se celebró el día de la gran victoria; y cuando en la lejana Inglaterra el parlamento felicitó al gran ministro Pitt, dijo este conmovido: «Cuanto mas el hombre penetra en los sucesos, mas claramente encuentra en todas partes la mano de la Providencia.» El único mérito que reclamó para sí le formuló en las siguientes palabras: «Confieso que el celo con que deseo servir á mi país excede en mucho á la fuerza de mi débil cuerpo.»

Nadie en toda la Inglaterra entusiasmada con esta victoria, sospechó entonces á quién aprovecharían al fin los brillantes resultados de las armas inglesas. Un francés lo vió con profética mirada, que fué el marqués de Montcalm, al cual esta prevision sirvió de lenitivo al dolor que le causaron sus reverses, y le facilitó la despedida de una vida que para él fué una lucha desesperada contra una sentencia inexorable de la Providencia. En la memorable carta del 24 de agosto de la cual hemos extractado ya su predicción respecto de la caída de Quebec, había este otro vaticinio: «Me consolaré de mi derrota y de la pérdida de la colonia, la profunda convicción que tengo de que esta misma derrota equivaldrá algún día para mi patria á mas de una victoria. El vencedor engrandeciéndose sin cesar, encontrará su sepulcro en su mismo engrandecimiento. Lo que digo os parecerá, querido primo, una herejía; pero os bastará un momento de reflexión política, una mirada á la situación y circunstancias de América para ver brillar en toda su claridad la exactitud de mi opinion. Todo el mundo odia la esclavitud, la dependencia y la obligación de obedecer; pero á ningún pueblo le repugnan tanto como al inglés; y lo que se puede decir de los ingleses de Europa, mucho mas se aplica á los de América. Muchos de estos colonos son los hijos de aquellos hombres que se expatriaron voluntariamente en tiempo de la revolución cuando la vieja Inglaterra vió escarnecidos sus derechos y fueros. Ellos buscaron entonces en América un país donde poder vivir y morir libremente, casi sin autoridad ninguna, y los hijos no han renegado de los sentimientos republicanos de sus padres. Otros son hijos de criminales desterrados á este país, ó los criminales mismos que detestan todo freno y toda sumisión. Otros finalmente han venido de diferentes países

Europeos y tienen muy poco cariño á la vieja Inglaterra; y todos juntos se cuidan muy poco ni del rey ni del parlamento de Inglaterra. Todas estas colonias para gran suerte suya florecen; son populosas y ricas; reunen en sí todo cuanto puede alegrar la vida, y la vieja Inglaterra ha sido bastante tonta para permitir que se desarrollen en estas comarcas todas las artes, industrias y manufacturas; es decir les ha permitido romper la cadena que les unía á la madre patria y les hacía dependientes de ella. Tiempo hace que todas estas colonias habrían sacudido este yugo, y que cada provincia habría formado una pequeña república independiente, si no hubiese sido por el temor de los franceses, á quienes tenían á sus puertas y que han sido el freno que les ha detenido. Amo por amo, han preferido á sus compatriotas antes que dejarse dominar por los extranjeros; pero siempre con la intención de obedecer lo menos posible. Ahora bien, si los ingleses conquistan el Canadá, y los canadienses forman con estos colonos ingleses un solo pueblo, y la vieja Inglaterra llega á atacar sus intereses, ¿cree V. que obedecerán estas colonias? —Estoy tan seguro de lo que escribo, que lo veo venir antes de que hayan pasado 10 años desde la conquista.»

VIII.—KAY. KUNERSDORF. MAXEN

Federico el Grande pasó el invierno de 1758 á 1759 en Breslau á manera de anacoreta. «A medio día como solo, escribió al marqués de Argens, paso la tarde leyendo y escribiendo, y no ceno. Cuando uno está triste, le es difícil ocultar á la larga sus penas y por eso es mejor pasarlas á solas y no fastidiar con ellas á la sociedad. El único lenitivo que encuentro para ellas es la tensión fuerte del espíritu que requieren los trabajos serios y la laboriosidad perseverante. Estos distraen á la fuerza de los pensamientos. Es verdad que no distraen sino mientras duran; una vez concluido el trabajo vuelven las penas con la misma fuerza de antes.» Con espanto comparó Federico el pasado con el presente, y sobre esto escribió á un amigo: «De cuando en cuando tengo algunos destellos de mi buen humor de antes; pero son chispas que se apagan, porque falta la lumbre que las ha de alimentar; son exhalaciones fugaces que salen de nubes preñadas de tempestad. Lo digo de veras: si me viera V., no me conocería. Encontraría á un hombre viejo, canoso, que ha perdido la mitad de sus dientes y su alegría, su ardor y su imaginación por entero.» Con presentimientos lúgubres aguardó la próxima campaña. Con presentimiento profético escribió en 2 de mayo. «Los meses de julio y agosto serán los mas críticos. Lo que necesitamos no son milagros pequeños, sino muy grandes; necesitamos ángeles exterminadores que degüellen ejércitos enteros; necesitamos fuego del cielo y fuego de volcanes para devorar hordas enteras de bárbaros. El gran aprieto en que me hallo consiste en que antes no han trabajado mis enemigos de consuno, y así podía yo derrotarlos parcialmente; pero este año quieren atacarme todos á la vez. Si realizan su propósito, puede V. desde luego redactar mi epitafio y tomar su pasaje para la Jamaica.»

Para combatir á las fuerzas rusas que se concentraban en Posen antes que se reuniesen había enviado Federico á aquella provincia en el mes de junio al general Dohna con su division reforzada por la de Hülsen, componiendo juntas unos 30,000 hombres que tenían orden de subir por la orilla del río Warte arriba; pero en todas partes habían llegado tarde, y finalmente habían tenido que retroceder hasta el Oder ante el doble número de enemigos para no perder su comunicacion con la Silesia. Apenas llegó este ejército á Züllichau el 21 de julio, se presentó el general Wedell para reemplazar al general Dohna á quien el rey había relevado

del mando. Wedell tenía orden del rey de atacar á los rusos donde los encontrara. Los descubrió por la mañana del 23 de julio viniendo del riachuelo Obra en dirección de Crossen del Oder, y resolvió atacar por el flanco á la columna rusa durante su marcha. Para acercarse á los rusos solo descubrieron los prusianos un camino angosto entre los dilatados pantanos que forman la comarca. Este camino desembocaba en la llanura junto al molino de Kay, y las dificultades que ofrecía al paso de las tropas no se vieron en toda su magnitud sino cuando el ejército estaba ya internado. Al dar el general Wedell la orden de atacar no tenía todavía una idea completa de la topografía del terreno. Además los diferentes cuerpos de su ejército mostraron al salir de la angostura demasiado ímpetu y no aguardaron á que se reunieran grandes masas; de modo que la batalla del 23 de julio se redujo á un gran número de embestidas sueltas, que los prusianos emprendieron con valor bastante para introducir el desorden en las filas rusas, pero que finalmente se estrellaron, como no podían menos de estrellarse, contra la enorme superioridad numérica de los rusos y contra las descargas de metralla de su artillería también inmensamente superior. Por la noche se retiró el general Wedell despues de haber perdido 8,000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, al desfiladero protector, y al día siguiente pasó el Oder cerca de Tchicherzig y acampó cerca de Sávoda junto á la carretera de Sagan, donde Federico estaba reuniendo un ejército grande contra los rusos.

Estos últimos entraron en 25 de julio en Crossen, y no encontrando allí á los austriacos, marcharon á lo largo del Oder hasta Francfort á orillas de este río, ocuparon la ciudad y construyeron el 3 de agosto un campamento en frente de ella en la altura de Kunersdorf. El ejército ruso contaba á la sazón todavía 60,000 hombres; tenía el mando en jefe nominalmente el general conde de Soltikoff, cortesano viejo é inepto; pero el general verdadero era Fermor, que por su desgracia en Zorndorf había tenido que someterse al bochorno de obedecer á un superior como el conde.

Con el establecimiento de los rusos á orillas del Oder quedó realizada la condición primera del plan general de operaciones concertado entre las cortes de San Petersburgo y de Viena. Faltaba saber si los austriacos lograrían, y en tal caso cómo, dónde y cuándo, reunirse con los rusos. Respecto de este punto diremos desde luego que semejante reunion jamás se habría realizado si el ejército austriaco no hubiese contado con un general como el teniente feldmariscal Laudon.

El feldmariscal austriaco Daun estaba con 70,000 hombres desde el 6 de julio cerca de Marklissa en la cordillera que separa la Silesia de la Bohemia. Cediendo á las vivas instancias de Soltikoff hizo marchar á mediados de julio los cuerpos de Hadik y de Laudon en dirección al Norte. Este último había llegado el 24 de julio á Rothenburgo á orillas del Neisse siguiéndole á marchas forzadas Hadik, y ambos se reunieron el 29 cerca de Priebus. El príncipe Eugenio de Wurtemberg, á quien el rey Federico había mandado avanzar en esta dirección con 6,000 hombres, se retiró paso á paso ante el ejército austriaco. Laudon para llegar sin peligro á Sommerfeld, donde tenía empeño en llegar antes que los prusianos, envió á su derecha desde Halbau hasta Sorau una serie de destacamentos de caballería ligera, á fin de impedir que los prusianos apostados cerca de Sagan pudiesen enterarse de sus movimientos. A favor pues de esta especie de cortina llegaron ambos jefes austriacos felizmente á Guben (1), despues de pasar Hadik por Pförten, y Laudon por

(1) Véase la obra alemana de JANKO, *Vida del feldmariscal Ernesto de Laudon*. Viena 1869.

Sommerfeld. Enterado Laudon del avance de Soltikoff hacia Francfort, corrió hasta Zilchendorf, desde donde hizo en 2 de agosto la primera visita al cuartel general ruso establecido en la otra orilla del Oder cerca de la aldea de Auer; de modo que la unión de los dos ejércitos quedaba materialmente realizada, bien que esto no significaba todavía una cooperación armónica.

Al saber la noticia de la desgraciada batalla de Kay, Federico el Grande escribió a su hermano el príncipe Enrique mandándole unirse inmediatamente con el príncipe de Wurtemberg y marchar juntos a toda prisa a Sagan, donde él mismo tomaría el mando en jefe de ambas divisiones para combatir a los rusos, y encargaría al príncipe el ejército que se hallaba cerca de Schmuckseifen. La prisa con que el príncipe cumplió esta orden fué la causa principal de que Hadik y Laudon encontraran libres los caminos hacia el Norte; y el pensamiento exclusivo que Federico tuvo de reunir un gran ejército cerca de Sagan hizo que Laudon pudiese llegar sin peligro al Oder.

El primero de agosto salió Federico de Sagan con 21 batallones y 31 escuadrones; marchó por la orilla del río Bober abajo en dirección de Naumburg y Christianstadt, y desde allí por Sommerfeld hacia el río Neisse; pero Laudon le había ganado por la mano y la caballería prusiana solo pudo alcanzar el cuerpo de Hadik que se retiró hacia la derecha a Spremberg. Al saber que los rusos se dirigían a Francfort, marchó Federico pasando por Beeskow a Müllrose, donde junto al canal llamado de Federico Guillermo que une el Oder con el Spree, construyó un campamento el día 3 de agosto, y el 6 se le reunió el cuerpo de Wedell. El 7 emprendió de nuevo la marcha en dirección Noroeste dejando a Francfort a un lado y acampó cerca de Wulkow, donde se le reunió el día 9 el cuerpo del general Finck procedente de Torgau. Con estos refuerzos disponía Federico entonces de 53 batallones y 93 escuadrones que formaban un total de 48,000 hombres. Este fué el ejército que libró la batalla de Kunersdorf.

Entre tanto había pasado Laudon grandes tribulaciones, que conocemos hoy por su propia relación a Daun (1). Habíasele acibarado en gran manera la alegría del magnífico éxito de su atrevida marcha de flanco, con las observaciones que hubo de hacer en su primera entrevista con los rusos. Los jefes austriacos no querían creer en la seriedad de los propósitos guerreros de los rusos, mientras estos se obstinaban en continuar en la orilla derecha del Oder, sabiendo que Federico, al principio con fuerzas evidentemente insuficientes, subía por la orilla opuesta del mismo río. Los rusos, si hubieran querido, podrían haber justificado su conducta con razones muy fundadas, pues que su posición en extremo ventajosa aconsejaba aguardar el ataque de los prusianos, tanto más cuanto que Daun, contra lo que había prometido con la firme resolución de no cumplirlo, no tenía intención ninguna de acudir con su ejército principal, habiendo enviado en su lugar un cuerpo de 20,000 hombres. Pero el general Soltikoff en lugar de aducir estas razones tan suficientes, prefirió a su vez prometer lo que estaba lejos de querer cumplir, echando mano de toda clase de pretextos. En su primera entrevista con Laudon contestó a la invitación de pasar inmediatamente el río Oder, suplicándole que esperara un par de días, «para darle tiempo de poner en orden su ejército, muy desordenado por la última acción.» Esto determinó a Laudon a tomar posiciones fuera de los arrabales de Francfort del mejor

(1) SCHAEFER, comunicaciones de Laudon en los días de la batalla de Kunersdorf; SYBEL, Hist. Zeitsch. XXIII, págs. 330 y siguientes. AR-NETH, VI, 429 hasta 431, que copia toda la relación del 5 de agosto.

modo que pudo, por ser el terreno muy difícil; mientras el mismo día, 3 de agosto, Federico acampaba cerca de Müllrose a unos 12 ó 14 kilómetros de la posición de Laudon. En su consecuencia Laudon se dirigió otra vez al día siguiente a Soltikoff con la misma solicitud de antes, a la cual respondió el ruso que tenía que aguardar la llegada de viveres de la parte del Vístula. Al preguntarle Laudon cuánto tiempo se necesitaba para esto, le dijo Soltikoff que 20 días por lo menos, y cuando el austriaco volvió a preguntar de qué pensaba vivir hasta entonces, el ruso tuvo que confesar abochornado que todavía tenía viveres para dos semanas.

Entre tanto Federico había hecho atacar el mismo día 4 de agosto todas las avanzadas de Laudon obligándolas a retirarse, por manera que Laudon, so pena de verse atacado y derrotado aisladamente a causa de la mala disposición del terreno, no tuvo más recurso que pasar el Oder a toda prisa, y así lo hizo con la mayor parte de su ejército el día 5 de agosto. Muy lejos estaba de creer que con esto había apresurado una acción decisiva, porque la última impresión que se había llevado del cuartel general ruso, era que los rusos no tenían más plan que «castigar al país con contribuciones de guerra, llenarse el bolsillo, emprender la retirada hacia el Vístula y concluir así la campaña de aquel año.»

Efectuada la reunión de la división de Laudon con el ejército ruso celebraron los dos jefes gran número de consejos, y cuando finalmente tras innumerables objeciones determinaron el 10 de agosto, en contra de la decidida y bien fundada oposición de Fermor, que pasara el ejército a la otra orilla del río cerca de Schieblo ó cerca de Crossen, llegoles una noticia que acabó con todos estos planes. Era que el rey Federico se disponía a atravesar también el río más abajo de Lebus con la intención evidente de atacar a los dos ejércitos reunidos en su campamento. En efecto, en la noche del 10 al 11 de agosto pasó Federico con todo su ejército el río cerca de Göritz, marchó desde allí en dirección Sur sobre Kunersdorf, y acampó por la tarde del 11 junto a las aldeas de Leissovo y Bischofsee. Allí descansó su ejército hasta las dos de la madrugada, a cuya hora se puso en marcha para librar la sangrienta batalla de Kunersdorf del 12 de agosto.

En aquel tiempo tenía la comarca donde se dió esta famosa batalla un aspecto topográfico diferente del que tiene hoy. Al Sur de la carretera que va desde el puente del Oder junto a Francfort en dirección Este a Reppen pasando por Kunersdorf levantábanse entonces varias alturas escarpadas de forma diferente de las actuales. Próximos al Oder estaban los cerros Judenberg; al Este de estos cerros está el monte más elevado de la comarca llamado Spitzberg, separado de los primeros por la hondonada llamada *Hohlen Grund* en aquella época, y desde la batalla que vamos a narrar *Laudonsgrund*. Al Nordeste de la última montaña hay otra menor del mismo nombre y además el Mühlberg. Entre estos dos y el Grande Spitzberg está la hondonada Kuhgrund en la cual está emplazada la aldea de Kunersdorf. El ejército ruso se había establecido en las alturas de Judenberg, Spitzberg y Mühlberg. Al Norte de la carretera cerca del cortijo *Roths Vorwerk* estaba Laudon al extremo Norte de un camino provisional de faginas que los rusos habían construido el través del pantano Elsbruch hasta la hondonada Hohlengrund. Federico el Grande ignoraba completamente la existencia de este camino provisional que ponía a Laudon en comunicación rápida y segura con el centro ruso. Llegó Federico a Bischofsee, lo cual sabido por Laudon hizo que este pasara por el camino provisional al Hohlengrund donde pasó la noche del 11 al 12 de agosto sobre las armas. Evidentemente había adivinado la intención de Federico de rodear el ala oriental rusa y de atacar a los rusos por el Sudeste; en vista de lo

cual Laudon no pudo proceder más cuerdamente que procedió para auxiliar a los rusos en el momento decisivo (1).

A las dos de la madrugada púsose en marcha el rey Federico con el grueso de su ejército desde Bischofsee dirigiéndose hacia la izquierda, mientras el general Finck con ocho batallones y dos baterías de grueso calibre ocupó a su derecha las alturas de Trettin al Norte y exactamente en frente de la aldea de Kunersdorf. La marcha se ejecutó en dos columnas, formando parte de la del Este la caballería de Seydlitz y del príncipe de Wurtemberg. Durante esta marcha, que se hizo formando un gran arco, se encontraron los prusianos con un obstáculo inesperado, consistente en una larga hilera de estanques y lagunas en el interior del dilatado bosque, del cual sale al Este de Kunersdorf al arroyo fangoso Hünernfließ. El rey ignoraba la existencia de estas lagunas, porque nada le habían dicho de ellas los prácticos del país. El resultado fué que tuvo que renunciar a la marcha emprendida, hallándose ya en medio del bosque. Replegó el dilatado arco que formaban sus tropas y dirigióse con ellas al Oeste, operación que costó mucho trabajo y tiempo a causa de la artillería pesada. A las 11 de la mañana, cuatro horas después de lo que el rey había calculado, pudo formar en línea de batalla una de sus alas, mientras la otra quedaba todavía muy atrás con la caballería internada en el bosque.

El blanco de su primer ataque fué el ala oriental de los rusos, apostada en el Mühlberg, y fuertemente atrincherada con cerca de 100 cañones y obuses. Después de un cañoneo de media hora por cinco baterías prusianas, que fué vivamente contestado por los rusos, adelantó la infantería de la vanguardia prusiana para tomar por asalto la artillería rusa. Eran ocho batallones de granaderos que salieron del bosque, atravesaron el llano y se dirigieron hacia el Mühlberg «con un orden y las filas tan cerradas, que ejecutada la operación en un campo de maniobras, habría sido digna de alabanza,» según dice Tempelhoff. Mientras se hallaban en el llano pasaron los proyectiles enemigos por encima de sus cabezas; pero cuando, subiendo el cerro, estaban a cien pasos de las obras de defensa levantadas por los rusos, recibieron de lleno las descargas de metralla de toda la artillería rusa y el fuego cerrado de su infantería. Los valientes granaderos atravesaron con bayoneta calada la mortífera lluvia de balas marchando directamente a los parapetos, esperando allí una última lucha encarnizada con la infantería rusa; pero esta no aguardó la pelea cuerpo a cuerpo, sino que hizo un par de descargas a los que subían al asalto, y sin escuchar las amonestaciones de sus generales y jefes, abandonando aterrada su artillería, en desordenada fuga y completa confusión corrió cerro abajo hasta la hondonada Kuhgrund en dirección de Kunersdorf. En el espacio de diez minutos habían conquistado los granaderos prusianos 70 cañones y derrotado a toda una ala del ejército ruso. Si los prusianos, dice Tempelhoff, hubiesen tenido disponible su caballería y solo 20 a 30 cañones de poco calibre en la cima del Mühlberg, habrían aniquilado completamente toda aquella parte del ejército ruso que se estaba entonces apiñando en horrorosa confusión entre la citada hondonada y el Grande Spitzberg. Desgraciadamente la caballería estaba lejos en el bosque, y los cuatro cañones de a doce que el rey mandó colocar en seguida en la cima del Mühlberg, y de cuya dotación de artilleros formaba parte Tempelhoff, eran demasiado débiles

(1) Para la descripción de esta batalla hemos utilizado la relación de TEMPELHOFF, tomo III, página 213, que la publicó como testigo ocular, porque servía en una de las baterías prusianas; y *La batalla de Kunersdorf del 12 de agosto 1759*, estudio crítico y minucioso con arreglo a documentos auténticos por STIEHLE y publicado como suplemento en el *Militärwochenblatt (Semanaario militar)* de 1860. Berlín 1859.

para apagar los fuegos de la gran batería rusa situada en la cima del Spitzberg que dirigió desde aquel momento todos sus tiros sobre los prusianos. «Los cien tiros que tenía cada uno de nuestros cañones, dice Tempelhoff, fueron gastados muy pronto, y no teniendo otra munición a mano, tuvimos que hacer el papel de blanco de los rusos y de meros espectadores.» Mientras el rey de Prusia hacía subir su ala derecha a la cima del Mühlberg, y el cuerpo del general Finck se aproximaba para apoyar un segundo ataque, los generales rusos lograron reunir los restos de sus batallones y recibir refuerzos frescos, entre los cuales se contaban también granaderos austriacos y el regimiento de Baden-Baden que Laudon había mandado al Kuhgrund. Arrancar esta hondonada al enemigo y conquistar el monte Spitzberg que la protegía con sus mortíferas baterías fué el objeto de la segunda batalla decisiva que comenzó el rey Federico con todas sus fuerzas reunidas a las dos de la tarde. Entonces, sin embargo, fueron rechazados todos los ataques que dieron los granaderos de su ala derecha; la resistencia del enemigo fué inquebrantable; una primera carga de la caballería, que entre tanto había tenido tiempo de llegar, se cambió en súbita y desordenada fuga al recibir las descargas de metralla de las baterías de Spitzberg, quedando además herido Seydlitz. El rey en persona condujo los batallones de su ala izquierda contra el enemigo en la hondonada, donde se estaba engrosando sin interrupción con nuevas masas de tropa cada vez más numerosas. Los granaderos saltaron intrépidos al barranco y trataron de encaramarse hasta la altura escarpada del lado opuesto. Pero defendida por los granaderos de Laudon y por el regimiento de Baden-Baden con un valor y una tenacidad admirables, fuéles imposible lograr su intento a pesar de sus esfuerzos. Los pocos que llegaron a subir fueron muertos o arrojados abajo a la hondonada, cuya anchura no pasaba de 50 a 60 pasos, y donde la carnicería era espantosa disparándose los fusiles a quema-ropa. El rey no se cansaba de formar continuamente nuevas columnas de ataque de los restos de sus batallones rechazados; pero el enemigo reponía a cada ataque sus tropas cansadas con otras de refresco, y así quedaron finalmente agotadas las fuerzas de los prusianos. Entonces hizo el rey un último esfuerzo con su caballería. El príncipe de Wurtemberg pasó a galope con varios regimientos por delante del barranco con intención de dar una carga decisiva sobre el flanco del enemigo. Llegado que hubo a cincuenta pasos de las alturas fué herido, y al volver la cara hacia los suyos, vió que estaba solo.

El fuego de una batería enemiga había dispersado toda su caballería. Entonces avanzó el general Putkamer con sus húsares y fué también rechazado y muerto de un balazo. Eran las cinco de la tarde y hacia seis horas que duraba la matanza; los prusianos habían perdido 18,000 hombres entre muertos y heridos, después de haber pasado dos días con sus noches sin descanso y haber hecho una marcha de nueve horas para llegar al campo de batalla. El sol de agosto y la lucha sangrienta y no interrumpida había puesto a esta tropa en un estado que hacía inútil toda tentativa; ni había ya ningún Seydlitz que pudiese salvar la situación como en la jornada de Zornndorf. Así bastó la llegada de Laudon para dispersar a los que todavía combatían, y ponerles en desordenada fuga. «Un pánico horrible se apoderó de todo el ejército, dice Tempelhoff; la confusión se hizo general y las tropas que un momento antes parecían impertérritas é irresistibles corrieron en espantoso desorden hacia los puentes junto al molino grande y al molino llamado de los Panaderos, y de allí otra vez al bosque. La gran acumulación de infantería, caballería y artillería junto a estos puentes hizo que el rey perdiera allí 165 cañones de todos calibres.»